EL SILENCIOSO por JACK PERRIN

BIBLIOTECA TRÉBOL N.º 75
Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS.

Vicente Tordo

BIBLIOTECA TRÉBOL

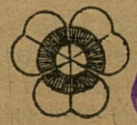
SILENT SHELDON 1925

El Silencioso

Versión literaria de la película de igual título, interpretada por el gran actor y caballista

JACK PERRIN

Exclusiva : PROCINE, S. A.
Calle Claris, n.º 71 :: Barcelona



CENTRO DE REPARTIDORES
KIOSCO ROMEA
SAN VICENTE, 102
VALENCIA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

:: TIPOGRAFIA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
: TELÉFONO G-104 : BARCELONA

EL SILENCIOSO

I

En otro tiempo, cuando los pieles rojas iban a la caza del bisonte y las rubias cabelleras eran el más preciado galardón de los bravos guerreros indios, una numerosa familia emprendió resuelta el camino del lejano Oeste, ignoto paraíso, donde los cuernos de la abundancia parecían verter sus inagotables tesoros.

Al correr de los años, después de fatigas sin cuento y sobresaltos sin número, luchando cada día para mantener el palmo de tierra conquistado a los que por ley natural (ley muy diferente a la de los hombres) se creían los verdaderos dueños, la animosa familia de los Sheldon había logrado formar una gran hacienda. « Trabajar mucho y dormir poco »; tal había sido el lema de los valerosos colonos que en las remotas praderas del legendario Far-West habían ido a plantar a pecho descubierto la bandera de la civilización.

Las gotas de sudor vertidas en los surcos de sus interminables campos, habían ido poco a poco transformándose en doradas monedas; los desheredados, que un día hubieron de abandonar casa y hogar, pueblo y amigos, en busca del dorado vellocino, habían conseguido por fin su ideal... Fueron ricos. Tras el famoso rancho Sheldon, perdido en las estribaciones de las montañas Rocosas, vinieron otras varias heredades; fincas en la ciudad, casas... La familia, numerosa, quedó al cabo de los años reducida a su más mínima expresión, y cansados de lucha volvieron a los lares, recordados siempre con añoranza en los lustros de fatiga.

Así, la casa que para su vivienda particular edificaron los Sheldon en su ciudad nativa, tenía todas las apariencias de un palacio, y sus recios sillares eran para los habitantes del burgo como mudos heraldos que pregonaran, con la solidez y gallardía de su construcción, la feracidad y riqueza de las campiñas californianas.

* * *

Nada es eterno en el mundo, y la familia de los Sheldon, la gesta de luchadores, fué desapareciendo. Quedó su obra, la fortuna y el nombre, destinados una y otro a perpetuarse por medio de Alberto, el último vástago de aquella poderosa rama.

Alberto, a diferencia de sus mayores, en lugar de amontonar como las hormigas, prefería desparramar como las gallinas. Su lema ostentaba las mismas letras que el de sus antepasados, ni una más ni una menos..., pero las palabras habían cambiado de sitio. En vez de «Trabajar mucho y dormir poco», prefería «Trabajar poco y dormir mucho».

Y no es que Alberto careciera de deseos de hacer algo útil; nada de eso. Algunas veces, en esos momentos en que el hombre, por no saber en qué emplear el tiempo, o por mera distracción, suele enfrontarse con su conciencia, sentía ansias de desarrollar planes para lo porvenir; en una palabra, de emprender un camino recto. Alberto había sentido verdaderas ganas de trabajar. Pero no en balde descendía de una raza de hombres enérgicos, y siempre que le había ocurrido tal cosa, había tenido la fuerza de voluntad de aguantárselas.

Por única compañía, el acaudalado joven vivía con un criado negro, llamado Domingo, su caballo «Centella», un hermoso corcel que de haber sabido hablar hubiese resultado mucho más inteligente que no pocas personas, y su perro «Rex», un precioso mastín, casi tan fiel como Domingo. Porque Domingo era tan servicial, que más bien que un criado parecía una sombra negra deslizándose constantemente por la casa, ávido siempre de adivinar el menor deseo de su señor y si era

posible, hasta de anticiparse a su pensamiento.

El día en que empieza esta narración, el buen negro hallábase a las once de la mañana junto a la alcoba de su señor esperando que éste despertara. El remover de los muelles del lecho y el ruido de un prolongado bostezo denotaron a Domingo que su señor habíase desligado definitivamente de los tentadores brazos de Morfeo.

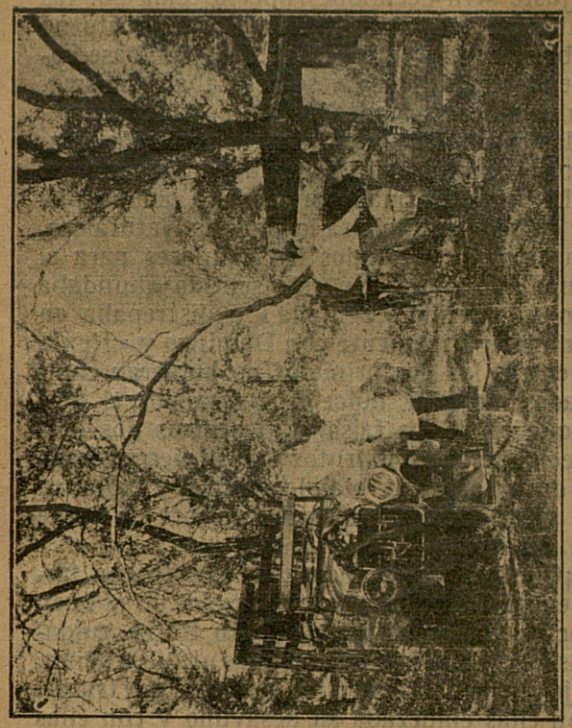
Entró cautelosamente en la alcoba y vió que, efectivamente, no se había equivocado. Alberto, sentado en la cama, agitaba fuertemente los brazos, haciendo fuertes contracciones, como si quisiera asegurarse de que sus poderosos músculos no habían perdido con el sueño la robustez y dureza del día anterior.

A sus pies dormitaba el fiel « Rex », que, a juzgar por su actitud, encontraba muy de su gusto la indolente vida de su dueño. De cuando en cuando levantaba el animal la cabeza y le miraba con aire de estupidez, cual si no comprendiese las extrañas y violentas contracciones que Alberto imprimía a sus formidables bíceps.

Al ver entrar a su criado, el joven suspendió por un momento la gimnasia.

— ¿Qué hora es? — le dijo.

— Es ya muy tarde... cerca de las once. ¿Desea el señor que le sirva su desayuno de frutas?



Un momento después Feldman rodaba por el suelo como una pelota

Justo será decir que Alberto tenía por las frutas un verdadero delirio. Por su gusto no hubiese comido otra cosa; desayunábase comiendo fruta fresca y se acostaba lo mismo. En su concepto, todos los que comían mermeladas y confituras eran unos perfectos gaznápiros, carentes de gusto y de sentido común.

La fruta sin madurar, comida con su piel tal como la suministra la próvida Naturaleza, era el mejor de todos los manjares para el simpático atleta. En este sentido abundaba con su querido «Centella» y discrepaba en cambio enormemente con Domingo y «Rex». Mientras los dos primeros no hubieran cambiado una piña dulce y jugosa por el más exquisito de los faisanes, los otros dos despreciaban cuantos frutos cría la tierra, desde el duro coco a la blanda guinda, y bailaban de gusto ante un prosaico guisote de carne de cerdo.

¡Qué porquería!, pensaba Alberto con frecuencia. De no ser por los consejos de su buen doctor, que, cual nuevo Pedro Recio, cuidábase de su alimentación más de la cuenta, el joven no habría comido otra cosa que frutas. Con ellas empezaba su desayuno y con ellas terminaba la cena.

El fiel Domingo, luego que hubo preparado el almuerzo, penetró en la cámara de su amo. En uno de los lados de la bandeja, sujeta entre dos grandes manzanas, llevaba una carta.

Tomó Alberto cuanto en la bandeja había, leche, frutas y un panecillo, y luego, tranquilamente, comenzó a rasgar el sobre de la misiva, cuya letra le era bien conocida.

«Sentimos informar a usted — decía la carta — que todo lo que le resta de su fortuna es la hacienda Sheldon de Arizona. Esa hacienda es muy rica y nos permitimos aconsejarle que se traslade usted allí para obtener de ella el máximo rendimiento.

De usted muy atentamente,

RODNEY Y BROWN, *Notarios.*»

— ¡Todo sea por Dios! — exclamó resignado el joven luego que la hubo leído. — Estos buenos señores se empeñan en que yo me convierta en un ranchero y no voy a tener más remedio...

Cogió luego su talonario de cheques y lo examinó detenidamente. No tenía mucho que examinar:

Depositado con fecha 12	120	dólares
Retirado con fecha 20	20	»
Total en depósito.	100	»

Este era todo su metálico para lo que le restaba de vida. La suerte cruel le había vuelto la espalda y no tendría más remedio que trabajar... cambiar de vida, cuando precisamente se encontraba en la mejor edad para divertirse. Decididamente aquello era una

injusticia y pensándolo así iba a volver a acostarse, cuando recordó que aquel día tenía que cumplir bastantes obligaciones sociales.

¿Dónde está mi dietario, Domingo?

El negro metió su brillante mano en uno de los bolsillos del traje de su señor, que yacía paciente sobre el respaldo de una silla en espera de aprisionar su cuerpo y sacó una pequeña libreta que llevó diligente.

Abrió Alberto el libro y repasó el día 25 de junio :

12 y media : lunch con la señora Van Astor.
2 tarde : partido de polo en Meadow.
5 tarde : te en Alganquín.
8 noche : ópera con Ninón de Brasse.
12 noche : poker en el Club.

La jornada no podía estar más aprovechada ni mejor distribuída. Era una jornada intensiva de doce horas nada menos. Alberto tiró el dietario sobre su mesilla, dió un rápido salto y se sentó al borde de la cama; tomó un calcetín y en esta rara actitud comenzó a meditar.

En un extremo de la cámara hallábase Domingo de pie sin mover un músculo, semejante a una estatua de ébano. El negro, más estirado que peseta en hogar de mucha familia, no perdía ni uno solo de los movimientos de su señor. Nunca había visto a su

amo tan pensativo; su intuición le decía a Domingo que aquel día iba a ocurrir en su vida algo muy trascendental.

Y en efecto, así fué. Alberto suspendió sus cavilaciones y se dirigió a su criado con el aire resuelto de quien acaba de tomar una importante determinación.

— Prepáralo todo para un viaje al Oeste; iremos en auto y nos llevaremos a «Centella».

A la preocupación del negro sucedió el asombro.

— ¿Pero ya sabe mi amito lo que dice? ¡Llevar a «Centella» en el auto! ¿Lo va a meter su merced debajo del asiento?

— No te preocupes que todo se arreglará.

Algunas horas después un extraño convoy recorría el largo camino del Oeste. El ingenio de Alberto había encontrado el medio de acomodar al caballo y si no iba precisamente debajo del asiento como presumía Domingo, iba, en cambio, en una plataforma con dos ruedas neumáticas, plataforma que adoptada y acoplada a la trasera del coche, parecía formar un todo con él.

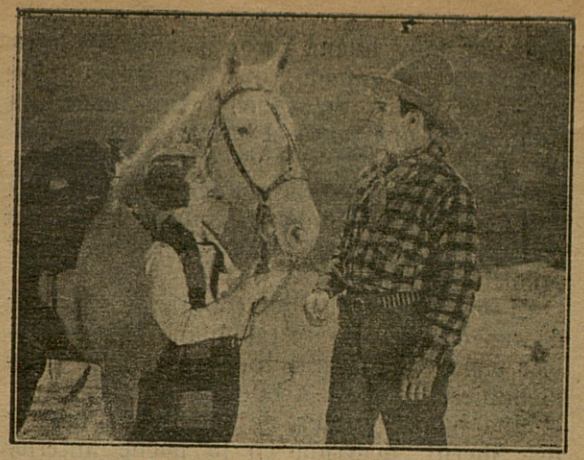
Ante la vista de los caminantes ofrecíanse los paisajes más varios; ríos y montañas, arroyos y llanuras, y siempre sorteando las vertientes o cruzando el llano, la interminable carretera que por entre las masas de verdura o la negrura de las peñas simulaba una blanca cinta que jamás había de acabar.

Siguiendo aquella cinta, imperceptible de lejos y ancha de cerca, llegaron a las vastas llanuras de Arizona, donde las costumbres primitivas cierran el paso a los refinamientos de la civilización. Aquellos pueblos de pastores y agricultores, entre los cuales iba a encerrarse el joven, distaban mucho de ser como los de la ciudad en que hasta entonces había vivido y forzosamente había de hallar en ellos grandes contrastes.

II

Contiguo al rancho de los Sheldon extendía sus millas de terreno la hacienda de los Watkins. Pedro Watkins, el propietario de aquella hermosa heredad, era un hombre como de unos 50 años; un luchador infatigable pues que trabajaba desde el amanecer hasta desde anochecido para ver cómo, ladrones sin escrúpulos, le arrebataban el producto de sus sudores. Todos los días sufría el pesar de ver cómo una mano misteriosa iba arrebatándole sus ganados, royendo así los cimientos de la fortuna con tanto ahinco amasada, para llevar la tranquilidad y alegría al corazón de su hija Mary.

Era ésta una joven de unos 18 años, bella como un sereno amanecer y de talle frágil cual arábiga palmera. Muchacha muy del Far-West, montaba a caballo con la destreza



Estoy un poco ridículo con esta ropa ¿verdad, señorita?

de un cow-boy, y al subir a la grupa de los briosos corceles suelta al viento su rizosa melena, cuyos dorados bucles semejaban trenzas de oro, creíase la más feliz de las mujeres. En aquellos momentos, sus bellos ojos, que parecían encerrar dentro de sus órbitas el dulce azul del cielo, animábanse por la luz de la sana alegría y la intrépida amazona, semejante a una nueva Walkiria, aparecía más hermosa y esplendente que nunca.

* * *

Guillermo Feddman, capataz del rancho y novio probable de Mary, hubiera quizá po-

dido dar muy buena razón de aquellas substracciones de ganado, que tan preocupado traían al dueño del rancho. Era un sujeto enigmático, que tanto al hablar como al sonreír parecía llevar siempre una segunda intención. La desmedida ambición del capataz y sus escasos escrúpulos de conciencia, hacían presumible que tales hipótesis no fuesen del todo infundadas.

El brazo derecho del capataz y ejecutor de sus órdenes era un tal Juan Pilgreen, sujeto capaz de matar a toda su familia si se lo hubiesen pagado a buen precio.

Una buena prueba de ello era la muerte del Sheriff, ocurrida en la noche anterior mientras el celoso funcionario se hallaba en la punta de una cumbre oteando el contorno. La bala, que dió en tierra con él, había salido del revólver de aquel desalmado.

Aquella mañana Guillermo Feddman, como todos los días, fué a dar cuenta al señor Watkins de lo ocurrido en sus rebaños durante la noche anterior.

— Siguen las desgracias, patrón... Los ladrones no parecen dispuestos a cejar en su empeño y anoche mataron al Sheriff en el Collado del Viento.

— El Sheriff — murmuró con rabia y pena el ganadero — ha muerto en el cumplimiento de su deber... pero mi ganado sigue desapareciendo, y esos malditos bandidos acabarán por arruinarme.

Feddman, con aire jactancioso, sacó de su bolsillo un buen puñado de áureas pepitas y las mostró a su patrón. Este miró receloso al capataz y examinó las piedras.

— ¡Esto es oro, Feddman!

— ¡Oro, sí señor... es oro!... y en el sitio en que lo he encontrado hay todavía mucho más. ¡Vamos, señor Watkins, no se preocupe! Olvide a esos ladrones y piense que si por un lado le roban, por otro puede usted volver a rehacerse. Bien sabe que, si su hija quiere, todo lo mío puede ser de usted...

Guardó Feddman su oro con burlona sonrisa, y luego que tal hubo hecho comenzó a hurgar en uno de los bolsillos de su chaleco. Extrajo del mismo un papelito y luego de haberlo desenvuelto mostró al señor Watkins el contenido del pequeño envoltorio :

— Mire que anillo más bonito he comprado para Mary... No lo llevará mejor ninguna muchacha de todos estos contornos.

Entretanto, los del rancho comenzaban su amargo despertar, sabiendo, como cada día, tristes nuevas, no lejos de allí otro individuo bien conocido por nosotros llegaba a adquirir el triste convencimiento de que se había quedado sin un céntimo.

Al sorprenderle la noche en plena carretera, Alberto Sheldon acampó en el sitio que encontró más de su agrado. Sacó de su auto un soberbio colchón de plumas que tendió en el suelo, y perfectamente arropado se dur-

mió como un bendito. Hacía buen rato que había salido el sol y Alberto continuaba todavía en el primer sueño. El bueno de Domingo, solícito como una madre, puso sobre su cama un rico dosel para que los abrasadores rayos del rubicundo Febo no ajaran la tez de su amo y señor.

Al despertar requirió Alberto su libro de cuentas. Consultados los apuntes, vió que su situación no podía ser más precaria. He aquí el resumen :

Dinero a gastar.....	100'00	dólares
GASTOS :		
Neumáticos.....	40'00	»
Gasolina y aceite	30'00	»
Víveres.....	8'00	»
Frutas.....	21'87	»
Total	99'87	»
Saldo a nuestro favor.....	000'13	»

Este fué el despertar de Alberto a los cuatro días de viaje.

Hallábase el joven abstraído en sus meditaciones, buscando en vano una solución, un rayo de luz que viniera a disipar la negrura de su situación, cuando acertó a pasar Feddman cerca de él.

— ¿Quién le ha dado permiso para acampar aquí? — gruñó el capataz autoritario.

El joven, medio atrofiada todavía su inteligencia por efectos del sueño, miró a su in-

Alberto, al ver que atropellaban a su perro, le dió, al que lo maltrataba, un soberbio puñetazo

terlocutor con aire bastante estúpido y se quedó sin saber qué responder.

El capataz, envalentonado por el pacifismo de Alberto, prosiguió :

— ¡Magnífico! Cama con dosel, colchones de pluma... ¿Es usted un hombre o una señorita?

Y al par que tal decía, Feddman reía grosera y estrepitosamente.

Alberto, al ver que aquel sujeto trataba de reírse de su persona, se levantó cual movido por un resorte y le presentó sus amenazadores puños.

Un momento después Feddman rodaba por el suelo como una pelota, por obra y gracia de dos «crochetts» soberbiamente encajados.

— ¡Otra vez — dijo Alberto a su malparado contrincante — cúidese mucho de no insultar a Alberto Sheldon!

La impresión del nombre hizo al capataz aún más efecto que los golpes, y al oír las palabras del joven, se incorporó con asustado semblante.

— ¿Dice usted que se llama Sheldon?... Pero no será el propietario de la hacienda vecina, ¿verdad?

Al ver que Alberto hacía con la cabeza un signo afirmativo, el capataz salió disparado hacia el rancho. En la plazoleta de éste hallábase un joven hablando con el señor Watkins.

— El nuevo Sheriff — dijo el granjero presentándoselo al capataz.

Feddman le tendió la mano afectuosamente.

— Como ya dije antes al señor, esta visita mía es de amigo. Vengo solamente a decirles que no pararé hasta descubrir al autor o autores de la muerte de mi antecesor y a saber si puedo contar con la ayuda de ustedes.

— Puede usted contar conmigo y con todos los hombres a mis órdenes — replicó Feddman con fingida seriedad. — No puede figurarse la alegría que tendremos el día que logre dar con esa cáfila de bandidos, que parece se han propuesto amargarnos la existencia.

Dicho esto, despidióse el taimado Feddman y marchó a buscar a su compinche, que estaba no muy lejos de allí.

— Querido Pilgreen, Sheldon está camino de su hacienda...

El bandido, al saber la noticia, quedóse boquiabierto : como quien ve visiones.

— No lo dudes, que es tan cierto como el sol que nos abrasa. Precisamente acabo de hacerle probar la fuerza de mis puños, hace un instante.

— ¿Y qué hacemos? — interrogó el granuja.

— ¡Hay que impedir a toda costa que entre en sus posesiones! Descubriría en seguida que el oro lo sacamos de su hacienda, aprovechándonos de que se halla abandonada.

III

Entretanto, Alberto, bien ajeno a que dos desalmados fraguaban un plan para dejarlo sin vida, habíase levantado y sentado al pie de un árbol y contemplaba el desolado paisaje. Domingo, mientras, recogía el dosel y levantaba la cama.

Quiso la mala suerte que el colchón se enganchara en un guijarro, y debido al fuerte viento saliera por el largo rasgón todo el

contenido. El negro, envuelto en una nube de plumas, braceaba como un loco por retenerlas. Al cabo de unos segundos sólo quedaba en sus manos un trozo de tela arrugada y mustia como un globo desinflado.

El pobre Domingo se daba a los demonios.

— ¡Bah! No te importe — le dijo Alberto para calmarle. — Después de todo, esa cama era demasiado elegante para el género de vida que vamos a emprender. ¿Quieres mirar a ver si hay gasolina en el depósito?

— ¡Más seco que mi gaznate, señor!

— Ni dinero, ni gasolina, ni frutas exquisitas!... ¿Sabes, Domingo, que el panorama se nos presenta de color de rosa?

Abstraído por sus negros pensamientos no vió Alberto que Feddman se acercaba hacia él, hasta que oyó su voz junto a sí.

— Olvide lo de antes, señor Sheldon... Reconozco que estuve demasiado impertinente.

Y como Alberto no era rencoroso, no vaciló en tenderle la mano.

— ¿Está muy lejos de aquí la hacienda Sheldon? — le preguntó.

— Unas doscientas millas... poco más o menos.

En realidad, distaba escasamente unas treinta, que Alberto hubiera podido andar en bien poco rato con su rápido « Centella », pero el capataz había convenido ya un plan con su segundo, y para el desarrollo del mismo le convenía retener al joven a su lado.

¡Me acusan injustamente!

— ¿Y cómo voy a hacer para llegar hasta allí?... — murmuró el joven con tristeza. — Se me ha concluído la gasolina... y el dinero.

— Yo soy capataz de un rancho situado muy cerca de aquí. Si usted quiere trabajar, le proporcionaré el medio de conseguir la gasolina que necesita.

Consideró Alberto que había llegado para él la época de las vacas flacas y como no había más remedio aceptó sin titubear. Unos minutos después el elegante señorito de la ciudad, caballero sobre el brioso « Centella », penetraba en la plazoleta del rancho, dispuesto a emprender la ruda vida de los cow-boys.

En la escalera que daba acceso a la casa había una lindísima joven hablando con un señor ya de alguna edad. El diálogo de ambos no podía ser más interesante.

— Papá — decía ella con visible congoja, mirando al capataz. — Guillermo me ha dicho que tú verías con agrado nuestra boda... Pero yo no puedo casarme con ese hombre... no le quiero, me es horriblemente antipático.

— Puedes hacer lo que quieras, Mary... Ya sabes que mi único deseo es verte dichosa.

Mientras tanto, en el otro extremo de la plazoleta, el capataz aleccionaba al joven :

— Debo hacerle una advertencia, joven. Los Watkins y los Sheldon fueron siempre grandes enemigos ; de modo que lo mejor es que hable usted muy poco y si es posible nada.

El señor Watkins dejó a su hija y fué hacia el recién llegado.

— Verá usted — exclamó Alberto. — Yo me dirigía a...

— No se moleste — terció oficiosamente Feddman. — Yo le presentaré. Este joven a quien yo conocí en uno de mis viajes a la ciudad, se halla totalmente arruinado. Habla muy poco y por esto le llaman en todas partes « El Silencioso ». Me ha dicho que si le diésemos trabajo haría lo que cualquier cow-boy.

El señor Watkins no puso ninguna objeción, y Alberto, con el nombre de Samuel Harris, entró en el rancho como un mozo más. Aquella

misma mañana él y Domingo, que para montar a caballo se veía doble más negro de lo que era, salieron al campo vestidos de cow-boys en compañía del capataz y su compinche.

En una de las revueltas del camino salió un grueso volátil, y Alberto, de un certero disparo, lo derribó en pleno vuelo.

— Para ser un simple aficionado, no lo hago del todo mal, ¿verdad? — exclamó el joven entregando al capataz la pieza cobrada.

Este último se quedó atrás con su compinche.

— Ese hombre es un peligro para nosotros — le dijo en voz baja. — Hay que sacarlo de en medio... y ha de ser pronto.

Al mediodía Alberto tuvo ocasión de hablar con la bella señorita, que tan buena impresión le hiciera desde el primer momento.

— Estoy un poco ridículo con esta ropa, ¿no es verdad, señorita?

— Yo, creo por el contrario, que está usted muy bien...

Y muy bien, muy bien no estaba, pero lo cierto es que a Mary le parecía no haber visto en su vida un joven tan guapo y que tan bien supiera llevar aquel traje que, por añadidura, ni siquiera lo habían hecho para él.

Aquella noche el pijama de Alberto fué la nota sensacional entre los mozos del rancho. Verdaderamente la cosa no era para menos ; en la cuadra que servía de albergue a los cow-

boys no se había visto jamás una novedad semejante. Algunos hubo que tuvieron risa hasta bien entrada la madrugada.

Mientras los mozos reían y hacían sobre el caso los más sabrosos comentarios, Feddman y su compinche habían tomado el auto de Alberto, yendo hasta donde estaba el compañero del Sheriff de vigilancia y desde el interior del coche dispararon sobre el desgraciado, que expiró a los pocos momentos.

Consumada la fechoría volvieron otra vez el coche al rancho y tomaron el revólver de Alberto poniéndole la cápsula vacía.

Al día siguiente Alberto dejó de saborear por primera vez en su vida el dulce sueño mañanero.

— ¡Tiene gracia! — decía al levantarse. — ¡Dicen ustedes que es tarde, y yo, en mis buenos tiempos... solía acostarme a estas horas!

Pero habíase hecho la cuenta de que había que cambiar de modo de vivir y, tras unos cuantos bostezos, salió a la calle. La rústica cama le había dejado el cuerpo tan dolorido que no podía moverse.

Aquel día dejó la gimnasia para mejor ocasión y salió fuera del «dormitorio» general donde se encontró con el fiel Domingo, que medio arrebujado en una manta temblaba de frío, acostado en el santo suelo.

— Pero, ¿cómo? ¿Has dormido aquí?

— Señor... preferible es dormir aquí, sobre

¡Este es el ladrón y el asesino que ustedes buscan!

las piedras, que no en el establo que me destinaron. Aquí, por lo menos, no hay millones de «caníbales».

— ¡Pobre Domingo! Tampoco a ti me parece que te sienta muy bien la vida del campo.

IV

Al poco rato de levantarse, le ocurrió a Alberto un pequeño incidente que le resarció de su olvidada gimnasia. Uno de los mozos le dió un palo al dócil «Rex» y Alberto, al

ver que atropellaban a su perro, le dió, al que así maltrataba al noble animal, un soberbio puñetazo, que le hizo rodar por el suelo.

Mary, que había sido testigo de lo ocurrido, interpuso su autoridad de propietaria, y Alberto, al advertir su presencia, se descubrió excusándose :

— Perdone usted, señorita. Le ha pegado a un animalito que no puede defenderse y yo amparo siempre al más débil.

Mary no contestó, pero interiormente no dejó de producirle una excelente impresión la bravura del forastero, que demostraba sabía entendérselas con la gente del campo no obstante haberse criado en la ciudad.

Desde el primer momento había sentido una gran simpatía por aquel joven desconocido y al oír ahora sus palabras, adivinó que en el cuerpo hercúleo de aquel hombre se albergaba un corazón noble y de puros sentimientos.

* * *

La muerte del compañero del Sheriff había tenido a éste y a toda su gente siguiendo, durante toda la mañana, las huellas que dejara el asesino. Sin perder de vista las señales que dejaron impresas en el polvo los neumáticos del coche de Alberto, llegaron al rancho donde éste trabajaba y el Sheriff le hizo venir para decirle :

— Anoche mataron a mi compañero. El tiro que lo mató partió de un auto, y las huellas de ese auto se dirigen hacia aquí.

— Sheriff, no querrá usted decir que yo... — le interrumpió Alberto, sin querer creer lo que había adivinado en las palabras de aquél.

— Yo no digo nada — contestó el Sheriff. — Guardo la impresión del neumático y voy a ver si coincide con los de este auto.

Se hizo la comprobación, y, naturalmente, coincidían en todo. En vista de ello, desarmó a Alberto y después de examinar su revólver, exclamó :

— Precisamente, lo que yo sospechaba... una cápsula vacía.

Alberto no podía consentir que aquella acusación durase y menos aún en presencia de Mary, por lo que se defendió, diciendo :

— ¡Me acusan injustamente! Todos los muchachos saben que yo no me moví anoche de la cama. ¿No es cierto, amigos?

— ¿Cómo lo vamos a saber nosotros — respondió uno de los cómplices del capataz —si estábamos durmiendo?

— Además, hay otra cosa — volvió a decir Alberto para demostrar su inocencia. — Mi coche no puede haberse movido de aquí, porque le falta gasolina.

También quedó demostrado que el depósito estaba lleno, y Alberto, consternado por tantas pruebas como se acumulaban en contra suya, exclamó finalmente, sin saber qué decir :

— ¡Es extraño!... Alguien utilizó mi auto esta noche, con el propósito, sin duda, de hacer recaer las sospechas sobre mí...

Pero sus protestas de inocencia fueron desoídas por todos los presentes, menos por Mary, que acercándose a él, le dijo :

— Es verdad que todo le acusa, Harris... pero yo creo en usted...

Aquella confesión de la joven inundó el alma de Alberto de alegría, y en medio de las negruras que se cernían sobre su cabeza entrevió el joven un rayo de luz que le animaba a emprender una lucha titánica, hasta demostrar su inocencia y conseguir el amor de aquella mujer, que no había dudado de él ni un solo momento.

V

Aquella noche Guillermo Feddman, satisfecho de su hazaña, que había condenado a un inocente, comentaba con los suyos la proximidad de su victoria diciéndoles :

— El oro de Sheldon... el ganado de Watkins... todo será nuestro... Y para terminar de arreglarlo, Mary será mi mujer, de grado o por fuerza... Eso me da lo mismo.

— ¿De modo que usted y su banda se dedican a robar y matar, para luego echarles las culpas al prójimo? — exclamó la voz de

Yo soy Alberto Sheldon, su vecino, según he podido averiguar

Alberto, que los había espiado y sorprendió la conversación de los bandidos.

— Es posible que sea verdad, señor Sheriff improvisado... Y si lo fuese, ¿qué?... ¡Le desafío a que lo pruebe!

No era Alberto hombre que se aviniese a una situación equívoca y en su afán de apoderarse del capataz, se arrojó sobre él, entablándose entre los dos una lucha terrible.

Al ruido producido por la pelea acudieron varios hombres del rancho y entre ellos Mary y su padre, a quien le dijo Alberto :

— ¡Este es el ladrón y el asesino que ustedes andan buscando!

Ante la fuerza de los puños de Sheldon, Feddman confesó su crimen y el Sheriff que había sido avisado exclamó :

— Pero hay una cosa que usted ignora... Domingo dice que fué él quien utilizó anoche el auto. ¿Cómo se explica esto?

— ¿Pero estás loco, Domingo? ¿Cómo se te ha ocurrido comprometerte de ese modo?

— Dispénseme — respondió el negro, dando una muestra más de su fidelidad. — Lo dije para salvarlo.

Todo quedaba ya explicado, pero Alberto no solamente quería demostrar su inocencia, sino que deseaba darse a conocer con su verdadero nombre y le dijo a Watkins :

— Feddman, además de apoderarse de su ganado, se ocupaba en robar oro de mi hacienda.

— ¿Su hacienda?... ¿Pero quién es usted?

— Yo soy Alberto Sheldon, su vecino, según he podido averiguar.

— ¡Qué alegría! ¡Ahora vamos a vivir el uno al lado del otro! — exclamó Mary, sin poder ocultar por más tiempo el sentimiento amoroso que llenaba su corazón.

Su padre comprendió inmediatamente lo que su hija había querido expresar con aquella exclamación y sonrió bonachonamente a la vez que dejaba a la pareja sola.

Por unos momentos quedaron mirándose los dos jóvenes, hasta que Alberto preguntó :

— Mary, ¿será verdad lo que leo en su mirada?

La muchacha no supo contestar, pero reclinando su bella cabecita en el hombro del amado, le dió a entender todo lo que quizá no le hubiera podido decir con las palabras más dulces.

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este
elegante tomo que contiene

200 retratos de artistas
— y 200 biografías —

Resulta un libro de gran
interés para los aficionados
al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO: 3 PTAS.